

XLIII PREGÓN  
de la PURA y LIMPIA  
CONCEPCIÓN de  
MARÍA SANTÍSIMA

José Beltrán Aragoneses

**M**uy buenas tardes a todos y, en primer lugar, gracias por hacerme sentir en casa. Y no he dicho “como en casa” sino “en casa”, en familia. Aunque es verdad que hay familias en las que vuelan los cuchillos, en esta vuelan los elogios desmedidos, y no crean ni por un solo momento las loas pronunciadas por Ana, a la que agradezco el exceso de cariño, que hace ver la realidad con miopía y con hipermetropía a la vez. Decía un profesor de mi facultad que los homenajes es mejor tenerlos en vida porque así uno se puede defender. Pues en este caso no voy a hacer el ejercicio a la defensa, pero les advierto que pongan lo que les ha dicho Ana en cuarentena, como todo lo que voy a decir hoy ante vosotros, porque francamente puede estar desenfocado, porque el que aquí se encuentra no se merece ni por asomo subirse a este altar ni pronunciar la más mínima palabra sobre la Pura y Limpia Concepción de María.

No debería estar aquí, porque ni soy investigador ni “doctorando”, ni tengo ningún “ilustrísima” delante de mi nombre ni de mis apellidos, tampoco detrás. Tampoco tengo galón alguno con el que presentarme. Ni poseo oro, ni incienso, ni mirra; pero tampoco el pan y miel que llevan los pastores a los pies de Aquél que ha de venir cuando apenas quedan veinte días para la Navidad. Me hago todavía más pequeño si miro para atrás y contemplo a cuantos os han acompañado en un día como hoy en esta en esta iglesia. Y me siento todavía más indigno cuando resuena en mi interior el pregón que hace tan solo tres años os regalaba el cardenal Carlos Amigo, que era amigo de verdad, de todos y cada uno, pero especialmente de la piedad popular. No exagero ni lo más mínimo al asegurar que nunca habrá un orador en la iglesia como don Carlos. No exagero ni lo más mínimo al aseverar que no habrá nadie que como él haya sabido arropar, aunar y renovar el mundo cofrade, impulsando las coronas de la caridad, dando a la mujer el lugar que le corresponde, haciéndose uno de tantos, un Nazareno más de corazón franciscano y altura púrpura. Me quedo más tranquilo si, al igual que cada vez que comenzamos la celebración de la eucaristía, me presento con mis manos vacías y con mi fragilidad, con lo que soy, con lo que tengo, para no llevaros a engaño.

Con este prólogo, ahora sí, saludo a todos los presentes a vuestro director espiritual, a Pablo; al hermano mayor, Alejandro; a la junta de gobierno de esta *Muy antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental de nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y de Nuestra Señora de los Dolores*; a todas las autoridades civiles y eclesiásticas, y por supuesto a todos los que sois hermanos de esta cofradía de

San Juan, a todos vosotros que sois los hermanos menores que con vuestras cuotas, vuestros desvelos y con vuestra pasión por el Señor y por la Virgen sois también hermanos mayores en la fe, en la esperanza y en la caridad.

Hoy estamos aquí para conmemorar la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, o como dicen nuestras madres y abuelas, la Purísima. ¡Qué bien suena lo de la Purísima!, igual que lo de la Limpia y Pura. Así contemplamos a Nuestra Madre en un día de fiesta, y así vemos también a cada una de nuestras las madres en los días de fiesta, limpia y pura. Esta solemnidad nos lleva directamente a colarnos en su casa, a la casa de María, así sin preguntar, con la confianza que nos da. Nos trasladamos de inmediato a un sencillo hogar de Nazaret donde se encuentra una joven que va a recibir un sobresalto inesperado. En realidad se trata de un susto para el que nadie estaría preparado, eso que decimos ahora, un microinfarto. Allí en la pequeñez de un pueblo perdido, en las estribaciones meridionales de los montes de la baja Galilea, a unos diez km del Tabor y a unos veinte del mar de Galilea, de repente, como quien no quiere la cosa, irrumpe un ángel. El enviado de lo más alto le anuncia que va a ser la madre de Dios; y no solo eso, le llama la llena de gracia, y como nos recuerda el Papa Francisco: “Estás llena de gracia significa que la virgen está vacía de maldad, sin pecado, inmaculada”.

Es en esa llena de gracia donde nos detenemos hoy. Porque ahí es donde se enraíza la Purísima, la Limpia y Pura, es ahí donde seguro que comienzan a enjugarse los ojos de quien más adelante llamaremos también María de los Dolores. Porque en ese momento cuando aparece el Ángel, María se turba, se conmueve, no sabe que una espada le atravesará más adelante el corazón; pero a buen seguro era consciente de que aquello no era ni medio normal. Pero confía, confía plenamente, no de esa confianza irracional y militante que no es capaz de ver más allá de los postulados propios; confía en la manera en la que lo hace quien sabe hacer suyo aquello del “sé de quién me he fiado”. Y eso solo es posible si se cuenta con un corazón puro como el de María.

Cuando hablamos de la Limpia y Pura, sin quererlo, el imaginario nos puede jugar una mala pasada, y nos lleva directamente a lo material, a lo impoluto por su “no uso” como toda aquella pieza de museo a la que se protege del más mínimo riesgo para permanecer impecable. Y más aún, en tiempos de falsos purificadores, nos lleva todavía a otro posible error; y no lo digo por las máquinas o por algunos charlatanes que, hoy como ayer, nos intentan colocar esos humidificadores mágicos para oxigenar el ambiente. Entre nosotros, en nuestra Iglesia, también podemos encontrar falsos

purificadores, que, bajo el paraguas de la tradición que esconde un tradicionalismo ideológico y nostálgico, o escondiéndose en un sentimentalismo elevado a la enésima potencia, está desdibujando la esencia de la pureza.

En estos días, perdonadme la deformación profesional, nuestros obispos emitían una nota doctrinal en la que nos alertaban a todos precisamente de eso: de quienes pretenden hacer pseudolimpiezas a través de las llamadas misas de sanación o rituales de sanaciones antropológicas. Estemos atentos ante estos timadores de la pureza. Caer en este tipo de tretas nos llevaría realmente a tergiversar el dogma, y lo que es peor, a ensuciar y empañar el buen nombre de María, el Dulce nombre de María. Porque el de María es un corazón puro y limpio, que no inerte; el corazón de María late, y lo hace como el de cualquier madre, el de nuestra Madre, como el de mi Madre que lo es; el corazón de María late a dos mil por hora cuando sabe que su Hijo, que sus hijos están en peligro. No deshumanicemos por tanto a María, ni la hagamos inaccesible, porque si por algo se define su corazón limpio y puro es por ser un corazón de carne.

No soy experto ni en silicios ni en imponer a nadie exámenes de conciencia farisaicos que para mí no aplico. Pero no querer mancharse es pecado por omisión; ojo, que no implicarse por una determinada causa para intentar no complicarse la vida poco tiene que ver con la limpieza y con la pureza. Dice el Papa Francisco: “Prefiero una iglesia accidentada, herida y embarrada por haber salido a los caminos, a una iglesia enferma por encerrarse en sus comodidades”. Hagámosle caso. Cuidado con no querernos complicar la vida cuando intuimos que algo pasa nuestro lado, y preferimos seguir adelante porque implicarnos nos puede llevar un mínimo coste personal. En la sociedad del individualismo y del que “cada palo aguante su vela”, los hijos de la Pura y Limpia no podemos permitirnos mirar para otro lado. Seremos buenos y píos de cara a la galería, pero seremos cómplices y encubridores si nos hacemos los ciegos y los sordos cuando se huele una situación de injusticia cerca y nos lavamos las manos: llámese abuso de poder, de conciencia sexual, maltrato, malversación...

Para quienes piensan que la nazarena era una ingenua y embobada que anda con la mirada perdida, que se lo quiten de la cabeza. En el “Magnífica” la Pura y Limpia denuncia sin miramientos que Dios derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, que a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Todo un alegato en favor de los derechos de los últimos, que su Hijo ratificará después en las bienaventuranzas. Ni mucho menos María era una paradita o una sosaina, ni mucho menos era una “echá palante” de las que arma el lío, como dice el Papa. María

está a las duras y a las maduras, es la que acuna su Hijo en un pesebre pobre y de las pocas que está a los pies de la Cruz cuando es asesinado. Porque todos los discípulos “salieron pitando” por si acaso les apresanan y acababan igual que su maestro. Y ella, mujer valiente y madre, aguantó el tipo con otras tantas, y lideró la primera la primera comunidad cristiana en Pentecostés cuando nadie se atrevía a dar un paso al frente. Sí, una mujer al frente de aquella iglesia primitiva, porque como dice el actual obispo de Roma: “Es la iglesia y no el iglesia”, aunque no pocas veces a lo largo de estos dos milenios se nos olvida.

Perdonadme la coloquialidad, pero me cuesta no ver a María preparándole un bocata a Jesús, o echando una mano en la carpintería a José con guantes y escafandra, o vestida con un EPI con tal de mantenerse Pura y Limpia, por no hablar de lo que liarían en Belén los primeros cambios de pañales en los gateos del Niño Dios; en ningún caso utilizaría nada que le impidiese tener un contacto directo con su Hijo, como tampoco busca que no tengamos contacto directo con ella. La Inmaculada Concepción no va por la vía de las repisas impolutas y de una querencia desenfrenada por el amoníaco que haga que los ojos escuezan. María prefiere ir por otros caminos, no por autopistas, sino por carreteras secundarias. La Sin Mancha se mancha por todos y por cada uno, porque vive precisamente desde un corazón limpio y puro. A priori esto es una contradicción, pero no lo es: sólo un corazón limpio y puro se embarra por los demás, a fondo perdido. Un corazón con dobleces exige siempre condiciones y siempre tiene algún “pero”. Sin embargo María nos muestra que, cuanto más embarran sus manos por Dios y por los demás, más limpio es su corazón. Por eso, cuando hablamos del misterio de la Inmaculada Concepción de María, no nos referimos ni a algo inabarcable, en tanto que mágico o desconocido digno de ser examinado en Cuarto Milenio; es un misterio en tanto que el pequeño corazón de una mujer de Nazaret irradia la grandeza de la entrega de todo un Dios que se hace hombre, que se abaja, que se hace pequeño y frágil. Este es el misterio: el Todopoderoso se hace niño gracias al “sí” de María, y el niño, desterrado inmigrante, en el vientre de una joven, desterrada inmigrante, en el rincón más perdido y menos estimado de la faz de esta tierra que era Nazaret, que era Belén.

María es Limpia y Pura porque no se llena de excusas cuando descubre que su prima Isabel, que tiene unos cuantos años más que ella, se ha quedado encinta, y por tanto aquello “pinta” que va a ser un embarazo de riesgo. Sabe que su prima además no se las puede apañar sola, y más aún cuando su marido Zacarías, según dice las Escrituras, se había quedado mudo del susto. Imaginaos el plan que tenía que haber en

esa casa. Y la chiquilla se plantó allí no con el “Pronto” y el paño para dejar aquello más limpio y puro que la patena; entró con pureza de corazón y con limpieza de intenciones para socorrer a quien estaba atravesando por una situación de miedo e incertidumbre. Sólo con situarnos en la escena alguno de nosotros, o al menos yo, “escurriríamos el bulto” y buscaríamos la manera de “escaquearnos”. Pero María, con su embarazo a cuestas, se pone en marcha para echar una mano, o las que hagan falta, por Isabel. Se levantó y partió sin demora, nos detalla Lucas. Mi madre, que es muy refranera, dice aquello de que “Tú que no puedes, llévame a hombros”. Pues María nos lleva a hombros a casa de su prima Isabel, y además nos lleva a todos consigo en su mochila.

Y allá que fue. No me queda dudas de que se iría con las botas puestas, como estos días estamos viendo peregrinar diariamente hacia Paiporta o hacia Alfafar a tantos jóvenes. María se metió también en el lodazal de aquella casa para despejar un horizonte lleno de temores. Ella se pone el traje de faena y a servir. Así es la mujer del “Hágase en mí”, mujer de contemplación y de acción, de escucha atenta para saber responder a la voluntad de Dios, y de paso firme cuando se trata de ponerse al servicio del otro.

Hoy te pido a ti, que estás sentado aquí, que deposites en María todas tus ilusiones y flaquezas, porque nadie como ella va a amarlas para transformarlas en consuelo, con su ternura y con su misericordia. Nos lo recomienda el Papa Francisco en su nueva encíclica “Dilexit Nos”. Dice así: “El corazón es capaz de unificar y armonizar tu historia personal, que parece fragmentada en mil pedazos. Pero donde todo puede tener un sentido.” Y continúa el Papa: “Es lo que expresa el Evangelio en la mirada de María, que miraba con el corazón. Ella era capaz de dialogar con las experiencias atesoradas, ponderándolas en el corazón, dándoles tiempo, simbolizando y guardando todo dentro para recordar”.

Mirad, en 2017 la talla de la patrona de Getafe, Nuestra Señora de Los Ángeles, fue sometida a un proceso de restauración. Y descubrió ese traje de faena del que os hablaba antes de María. Por primera vez se mostraba sin sus vestiduras a las que estábamos acostumbrados, y los getafenses descubríamos la talla tal cual es: era una María en actitud orante y, lo que no esperábamos, embarazada. Estaba en espera, en espera activa de este Adviento, con Jesús en su vientre y su pensamiento en Isabel. Aunque la foto fija de Nuestra Señora de Los Ángeles, como la de Nuestra Señora de

los Dolores, parece inmóvil ni en aquellos primeros nueve meses, ni en los treinta y tres años que llegaron detrás, María permaneció quieta.

A estas alturas seguro que alguno de vosotros ya estará pensando “este de Getafe nos está lanzando una indirecta sobre cómo vivimos nuestra pasión cofrade con tanta llamada ensuciarse las manos por los otros y a bajarse de la peana”. Ni por asomo. Disfruto como nadie contemplando a Nuestra Señora de los Dolores en todo su esplendor y su belleza, igual que disfruto cada vez que las camareras de Nuestra Señora de Los Ángeles cambian de manto a la patrona, al igual que aquella mujer de Betania no dudó en derramar todo el perfume a los pies de Jesús porque le había reconocido como Hijo de Dios. No dudéis en buscaros en ella con todas vuestras flores, con todos vuestros gestos de cariño, cuidando el ajuar, la corona, los puñales, los mantos, porque todo eso es expresión de querer a una madre a la que presentamos como la más bella por fuera, con su rostro nacarado por la grandeza de su amor por dentro, sin límites y sin barreras. Por eso, si hay devoción plena a la Madre y a su Hijo, ha de traducirse en pasión desmedida en la belleza externa y por los hermanos. Porque si de algo está convencida la Limpia y Pura es de que si hay fiesta, hay fiesta para todos. Como diría Teresa de Jesús: “Cuando perdices, perdices”. Sí, porque María la del corazón puro y embarrado también es María la de la fiesta. Si estaba para trabajar en casa y para salir al frente de aquél que necesitara ayuda, como su prima, también era la primera para disfrutar. No se quedó fuera de las quedadas que organizaba Jesús con sus discípulos, y por supuesto se apuntó la primera en aquella boda en Caná: allí iría con sus mejores galas, como hoy la vemos aquí, como las que lleva cuando pasea por las calles de Málaga. Y así ha de ser, pero incluso de boda, María se complica la vida por los demás. Cuando se acaba el vino, es ella la que busca Jesús para que solucione la papeleta. Pero es ella la que toma la iniciativa. Y esa es otra de las lecciones que hoy nos da María a todos los que hoy os encontráis aquí, y que el Papa nos recuerda cada vez que puede: “No os olvidéis de los descartados, no os olvidéis de los pobres”.

Mirad, me contaba un obispo amigo hace poco que, cuando inició su ministerio episcopal, una de las primeras visitas que tuvo que hacer fue a un pueblo de los más pobres de la comarca. Se trataba de una villa humilde y decidió que, al ser tan pobre el pueblo, lo mejor era dejarse caer por allí con un alba austera para que nadie le tachara de ser un vivo eclesial. En cuanto le vio un vecino, nada más entrar en la parroquia, le dijo: “Claro, usted como viene al último rincón de la diócesis viene de cualquier manera. ¿No nos merecemos nosotros la mejor casulla, la mejor mitra y el mejor báculo

de los que tienen en la diócesis?” Insisto: “Cuando perdistes, perdistes”. Pero eso sí, con la sensatez y la coherencia propia de María.

Por eso, a ti, hermano, que te preparas como nadie para que no falte ni un detalle a la hora de preparar este acto, y a la hora de preparar tu estación de penitencia, mantén ese mismo sistema de alerta que tenía María para detectar a quien, a tu lado, puede estar en una situación de asfixia vital, para aquél que le falta algo más que el vino. El mismo cuidado y mimo que tenéis con vuestra Madre hoy, exige que se traduzca en devolver a otro la dignidad que se merece y que alguien le ha robado. Porque al igual que debemos superar aquello de la Limpia y Pura como pieza de museo, debemos de borrar de nuestra mente la imagen del pobre asociado con la mugre extrema y maloliente.

Mirad, este mismo miércoles Caritas nos ponía de nuevo a todos en nuestro sitio, y nos daba a conocer el último avance del informe FOESSA. Y que dice que hoy, en nuestro país, dos de cada diez españoles están en riesgo de exclusión; dos de cada diez son diecinueve millones de personas que viven en una pobreza que podríamos denominar camuflada o maquillada. Quizá bajo el capirote del que procesiona con vosotros está uno de esos diecinueve millones, quizá el que se sienta este domingo junto a vosotros en el banco de la Eucaristía, o quizá con el que compartimos escalera en nuestra casa. Porque el informe FOESSA nos pone rostros a cada uno de los empobrecidos, en lo que ya presenta como la llamada sociedad de riesgo, o lo que es lo mismo, vivimos en un entorno tan incierto en lo económico que cualquier día cualquiera de nosotros podemos pasar del lado de los privilegiados al lado de los castigados.

Eso le pasó a Miguel. Nos lo dieron a conocer el otro día. De un día para otro se quedó sin trabajo, parado de larga duración al que se le cerraron todas las puertas. Nadie le daba una oportunidad, ni se la sigue dando, a pesar de tener una experiencia probada como transportista, ganadero o haber trabajado en un matadero. Dice él: “Mal se duerme en el coche, pero la gente que está durmiendo en la calle estos días lo tiene que estar pasando bastante peor”. Es divorciado, tiene 65 años, sin problemas de salud mental, ni haber tenido adicción alguna a lo largo de su vida. Su único delito ha sido no tener estudios. Él dice: “Solo tengo los achaques propios de la edad, de los que nadie está salvado”. Segoviano, sólo recibe cuatrocientos euros al mes de una prestación social; eso, y el programa de personas sin hogar de Caritas Segovia, que le está ayudando a tramitar su jubilación y acceder a una vivienda. Las manos de cada uno de los voluntarios y trabajadores de Cáritas son en realidad las manos de Nuestra Señora de

los Dolores, a la que le duele cada uno de sus hijos y como la veis, con su actitud, con sus manos abiertas, extiende sus brazos para salir a su encuentro.

En Valencia, en la que estamos todos estos días mirando con inquietud, nos acercamos también a la Limpia y Pura y afortunadamente bajo la advocación de la Madre de los Desamparados, de los que se saben descartados y abandonados, como este divorciado segoviano, a su suerte, cansados y desesperados ante las recetas mesiánicas de unos y otros. Y lo mismo en Segovia, que en Valencia, que aquí en Málaga, María nos ampara y sale a nuestro encuentro. De hecho, si no me cuesta imaginármela como prima, saliendo al encuentro de Isabel, mucho menos me cuesta imaginármela como vecina de Nazaret. Como la mejor vecina, como mi vecina. Y es que la Limpia y Pura también es vuestra vecina, es tu vecina aquí en Málaga. Ella permanece aquí, en su particular rellano, a la espera de que le cuentes lo último, y no como la vieja del visillo a la manera de José Mota que quiere estar a la última para ver cómo chismorrea mejor al que viene después, tampoco como las que dice mi madre, de esas que limpian sobre limpio, que no intentan mostrar que su felpudo está impecable cuando de puertas para dentro la cosa está más que enturbiada.

María tiene las puertas abiertas de su casa para todos. No se reserva el derecho de admisión y como dice el Papa Francisco en su corazón hay sitio para “todos, todos, todos”. María es la vecina que siempre está abierta a la escucha de aquellos que más se remueve, y se revuelve por dentro. Con todo el tiempo del mundo, con sus oídos abiertos de par en par, para acoger y para conmovirse. Sabes bien que nunca falla, que nunca nos ha fallado y que nunca nos fallará a ninguno de nosotros. Por eso os invito a acercaros hoy a María, la Limpia y Pura desde la gratuidad, con esa misma gratuidad con que ella vela por nosotros. No busquemos mercadear con el cariño de la Madre de Jesús.

Mirad, días antes de fallecer mi padre, hace ya más de veinte años, tuvo lugar la canonización del Padre Pío, y yo me encontraba en el hospital de Getafe a su lado en plena agonía; ya estaba desahuciado y poco se podía hacer. Miré la televisión y justo apareció la noticia de la canonización, y hablaba del fraile milagrero. Tuve la tentación de pedirle que mi padre se curara a cambio de lo que fuera, y de inmediato sentí que no era la vía; tampoco lo era la de la resignación, pero sí la del “Hágase tu voluntad” de María, ese “Danos hoy nuestro pan de cada día”, o ese “Dejad obrar a Dios, que sabe lo que nos conviene”, que dice un buen amigo, que también es santo.

Hace pocos días me topaba con una situación similar y el pobre padre Pío era también la víctima. En medio de la tragedia de la Dana, que os he citado antes, alguien en Valencia insinuó que el padre Pío había obrado un milagro porque había protegido una parroquia en Catarroja de la inundación. Todo el barrio era víctima de la riada, salvo el templo. Con eso basta. Por respeto a las más de doscientas víctimas del drama que hemos vivido, me detengo ahí, y también por respeto al pobre padre Pío, que no tiene la culpa de ninguno de estos episodios. Sin embargo estas escenas nos hackean para hacernos recapacitar sobre cómo ha de ser la relación con nuestra Madre, con María, y con su Hijo. Porque no se resuelven los problemas a golpe de una varita, ni María utiliza luces de neón, ni es experta en filtros de Instagram.

El Papa Francisco, cuando le preguntaron en una ocasión por las supuestas apariciones de María en un determinado lugar, comentó que María no es la jefa de una oficina de Correos que manda mensajes a todos, con día y hora. Justo después, el sucesor de Pedro recordaba lo siguiente: “El reino de Dios está en medio de nosotros. No busquéis cosas extrañas. No busquéis novedades con curiosidad mundana”. Dejemos que el espíritu nos lleve adelante con esa sabiduría que es una brisa suave que nos regala María. Este es el espíritu del Reino de Dios del que habla Jesús. No busquemos por tanto, como nos pide el Papa, espectacularidad, ni bombas de humo de la mujer de Nazaret: María es Pura y Limpia porque su corazón es tan grande que acoge y abraza el dolor de cada uno, en lo pequeño, en lo oculto. Y nos acompaña como prima, como vecina y como amiga, como esa amiga y esa vecina que huye de los aspavientos, que busca el mejor momento para hacerse la encontradiza en una esquina; que escribe un mensaje de WhatsApp en el momento más oportuno sin buscar el like de otras redes sociales; que encuentra un hueco, aunque no aparezca, en la agenda para tomar un café sereno. Sabemos que bajo el manto de María nos podemos cobijar, o mejor, acurrucar, dos de los verbos más enternecedores que tenemos en castellano, que son muy femeninos y que son muy de María, acunar y acurrucar. Hoy te invito a que te dejes acunar y acurrucar por la Pura y Limpia.

Las Cinco lágrimas que podemos contemplar en el rostro de Nuestra Señora de los Dolores brotan por su Hijo crucificado. Pero también brotan hoy seis de diciembre de 2024 por todos y cada uno de sus hijos crucificados. Lágrimas puras, lágrimas limpias de quien se conmueve y se mueve por el otro. Lágrimas puras y limpias que hablan de empatía y cuidado por el otro. Lágrimas puras y limpias que no son un mero lamento quejumbroso, sino dolor real de quien sufre con unos ojos capaces de ver

resurrección donde otros se quedan atrapados por una concepción mortecina de la realidad y de la vida. Ahí es donde está la pureza de María, en esas Cinco lágrimas de las que brota una esperanza. Lágrimas por los empobrecidos, lágrimas por los migrantes, lágrimas por los que sufren abuso de todo tipo, lágrimas por los invisibles a los que hemos nombrado el nombre. Y la última de estas cinco lágrimas que desprende hoy la Limpia y Pura es una lágrima por ti, por su hijo o por su hija predilectos, aquel o aquella que necesita de una caricia, aquel o aquella que necesita de un abrazo que necesita ser acunado y acurrucado.

Así es María la de Jesús, María de Belén, María de Nazaret, María de los Ángeles, María madre y pastora nuestra, María que acuna nuestros dolores, María vecina de Málaga, la que hoy nos anuncia, embarazada, que el Salvador está cerca, que la Nochebuena está a la vuelta de la esquina. Ella es la verdadera pregonera de este Adviento y no el que os habla.

María, la Limpia y Pura,  
que se embarra por todos y por cada uno de nosotros,  
ruega por nosotros.

*Málaga, 6 de diciembre de 2024*